

HOMILÍA

Domingo XXIX del tiempo ordinario. CICLO B

Is 53, 10-11

a. Contexto

La tarea evangelizadora de la Iglesia encierra vocación de universalidad, como ya propagaba el mejor judaísmo en el ejercicio de superación del nacionalismo.

Es el dominio de las tendencias centrípetas en la fe en Yahvé, empobrecedora de la universalidad inherente al propio mensaje. Justamente en esta línea se coloca el segundo Isaías (Is 40-55), en el siglo VI a.J.C.

Se trata del momento cuando el sector del pueblo que vive el destierro de Babilonia vislumbra la vuelta a la Ciudad Santa, bajo el amparo de la amnistía religiosa de Ciro.

Pero la célebre carta de Jeremías (Jr 29, donde les explica a los desterrados la situación de los que permanecen en Jerusalén, como él mismo, de momento) no es tan dura como pareció al principio de recibirse.

El tiempo va pasando y nace una cierta inercia, viene la tranquilidad: la urgencia por volver no es tan grande. La esperanza de restauración tampoco actúa de revulsivo para hacer las maletas con celeridad.

El decreto de libertad de Ciro es bienvenido, pero tampoco empuja a la vuelta. Aquí entra en acción este Profeta, llamado el segundo Isaías, un poco después de Ezequiel.

Seguramente es protagonista de estos momentos de regreso a Jerusalén, cuando los desterrados, sin demasiado ánimo, llegan hasta murmurar de Dios y de su plan de restauración.

La obra de Is II, llena de majestuosidad, de estilo encendido, no riguroso, con imágenes y frases ingeniosas (*isla, los confines de la tierra, toda carne*) está dividida en dos partes: Is 40-48; Is 49-55.

Los oráculos se mezclan con determinadas secciones autónomas, como el ciclo de Ciro en la primera parte, o los poemas del Siervo de Yahvé, en la segunda: Is 49;50;52-53.

Todo el Libro se denomina de la consolación, porque se abre con esa frase, inicio a los oráculos: *consolad a mi pueblo*. El tema de fondo de este Profeta de esperanza y restauración se configura alrededor del monoteísmo.

Y a estos temas acompaña el segundo éxodo y el tema del Siervo. Hay cuatro poemas del Siervo, según los identifican muchos. ¿Quién es el Siervo? Esta cuestión no es fácil de responder.

Para unos, es todo el pueblo, pues de las 21 veces que sale el término en Is II, 14 se refieren a Israel. La mejor manera de entender los poemas es ver en el Siervo la representación de la personalidad corporativa de Israel.

Es como la personificación singular de todos. Junto a ello, la lectura de los 4 poemas hace que en el N.T. se interpreten a su luz pasajes como el del bautismo de Jesús (al modo de Is 42,1), u otros pasajes de la pasión.

b. Texto

El texto que hoy aparece en nuestra liturgia pertenece al cuarto poema del Siervo de Yahvé. Es la llamada sección del 'nosotros'. La tercera parte de este cuarto poema proclama la exaltación del Siervo.

Se abre a la victoria universal en su acción salvadora. Ahora Dios mismo habla para hacer ver que el triunfo del Siervo consiste en la realización del plan de Dios, que es un plan de salvación para los pueblos.

¿Cómo lo significa el Siervo? Con su entrega por los otros. La expiación de que habla el texto se refiere a la responsabilidad desde la culpa. El Siervo expía por (=junto a) los pecados de los demás.

Así traerá a muchos, es decir, a todos, la salvación, justificando, haciendo posible con su actitud que los hombres se hagan justos por la obra de Dios. En el A.T. el Siervo no hace justo a quien no lo es.

Pero sí carga con el pecado (= 'se pone al lado de...', para descubrir su sentido'), de manera que Dios santifique al que antes era pecador. No estamos en el N.T., no es ésa la obra de Cristo exactamente.

Con todo, es cierto que estos textos se le han aplicado con frecuencia a Jesús. Como fruto de la actuación liberadora del Siervo, éste prolongará sus días en su descendencia.

Quien se pone junto al pecador, puede gozar de la bendición de Dios que cae sobre quien se acoja a su justicia. La riqueza de matices en la expiación libera el concepto de su concepción raquíca.

Es una liberación del sentido del puro 'desahogo' por parte de Dios. Esta forma de leer teológicamente el A.T. no es exacta. Y es más inadecuada aún si se la aplica a Jesús.

Por eso hay que cuidar mucho todos esos aspectos que arriba se señalaban, antes de atreverse a hacer lecturas miméticas del Siervo, para aplicárselas a Jesús.

Esa tarea puede ser pedagógica para educar en la fe cristiana. Pero ha de ser realizada con sumo cuidado, para que las simplificaciones no empobrezcan ni hagan ramplón el mensaje evangélico.

Basarse en el A.T. significa leerlo correctamente desde su sentido verdadero, y, luego, plenificarlo... Hacerlo pleno en Cristo, que le da sentido total. Todo, menos una mala copia del A.T. en el N.T.

c. Para la vida

Parece algo bastante contradictorio, pero conviene aprender que la libertad, nace del servicio, de crecer en el amor. No se ve muy cristiano hablar de la fe como de una manera de 'realizarse' en esta vida.

Pero eso es a simple vista. Porque, pensando más despacio, no hay mayor forma de 'realizarse' que la superación de todo narcisismo, la negación de cualquier egoísmo en que consiste el amor cristiano.

Eso, el amor, porque me descubro objeto del cariño inmenso de Dios, y se lo trasmito a los demás como Él me lo ofrece, gratuitamente. Si eso no es 'realizarse' plenamente, que venga Dios y lo vea.

¿Por qué le tenemos miedo al lenguaje de la libertad, de la búsqueda, de la felicidad, de la autorrealización, de la vida. ¿Tal vez porque son expresiones que han nacido en la Modernidad, del siglo XVIII en adelante?

¿O es porque lo posmoderno lo embadurna todo de sensación y fruición momentánea? Puede que sea por esas cosas a la vez. Con todo, mirando la Biblia, el mensaje de Dios se expresa en lenguaje humano.

Y lo llena de sí desde dentro. No lo hace Dios 'echando agua bendita' desde fuera, o con miedos, o adjetivando los términos a la defensiva: libertad, pero 'sana', arrojo, alegría, pero 'controlada'...

Todo lo contrario: Dios actúa regenerando (¡es lo que Dios hace bien de verdad!), desde la raíz. El Siervo de Yahvé salva porque asume desde dentro, o sea, hasta sus últimas consecuencias el papel de ser signo de Dios.

Y Cristo, no digamos. Él no se siente chivo expiatorio, sino que el anuncio del Reino del Padre, la buena noticia del Evangelio le lleva hasta el último aliento de vida. Cuando se ama, se aceptan todas las consecuencias.

Luego nosotros podemos leer la acción salvadora de Cristo a la luz de los poemas del Siervo: ahora, sí. Pero no porque Dios sádicamente busque alguien que lo aplaque de su enfado.

Es que donde hay amor, allí está Él. Esta lección de fe y de entrega es la única que salva. Éste es el mensaje que hay que llevar a los pueblos de todo el mundo.

Ahora, en estos términos, no hay peligro de hablar de expiación. Sólo así se le descubre el valor positivo al sufrimiento, como lo hace Cristo, como lo preanunció el Siervo de Is II.

Esto sigue siendo actual, por supuesto.

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

aderojasr@yahoo.es